

Seix Barral Biblioteca Breve



Eduardo Liendo

Contigo en la distancia





Seix Barral Biblioteca Breve

Eduardo Liendo
Contigo en la distancia

Contigo en la distancia

© Eduardo Liendo, 2014

© Editorial Planeta Venezolana, 2014

Av. Libertador con calle Alameda

Torre Exa, piso 3, Ofic. 301

El Rosal - Caracas.

Depósito legal: If52220148002352

ISBN: 978-980-271-519-0

Tiraje: 2.000 ejemplares

Imagen de portada: Adriana Genel

Corrección: Carlos González Nieto

Impreso por: Editorial Arte, S.A.

Impreso en Venezuela - Printed in Venezuela

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el permiso escrito del editor.

Todos los derechos reservados.

*A Rómulo Valero, hombre de noble corazón,
médico de oficio, amigo fraterno.*

«Al fin y al cabo no puede existir un lugar más bonito para morir, más digno de la desesperación total, que la novela escrita por uno mismo».

Franz Kafka: carta a Felice
(Praga, 15 de enero de 1913)

«Cada uno tiene su manera de seguir viviendo después de muerto».

Virgilio Piñera
(*Pequeñas maniobras*)

Índice

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Hoy me tocó decidirme al fin, llevaba días pensando en el momento en que abordaría sin la compañía de mamá el autobús Circunvalación N° 13. Soñaba con este viaje desde hace algún tiempo. Me parece que desde el momento en que tomé asiento y comencé a mirar el mundo por la ventanilla me he convertido en un niño valiente y libre. No pienso así por presumido, sino en verdad lo siento. Tenía un gran temor de que el chofer buscara algún motivo para impedirme viajar por mi propia cuenta. Ya tenía preparada una disculpa, le diría que mi mamá me esperaba en una de las paradas del trayecto cerca de la estatua de una india, como una vez le oí decir a mi padrino Nicanor. Yo me he montado en muchos otros autobuses pero nunca en el Circunvalación N° 13, y tampoco sin compañía. Pero no tuve necesidad de explicar nada, ni mentirle al chofer del autobús, un grandulón con un bigote negro con puntas de tijera, lentes oscuros, franela amarilla y una gorra roja. Eso sí, me vio de reojo cuando pasé empujando el torniquete y me pareció que hizo una morisqueta no sé con qué intención, saludarme, burlarse o asustarme.

Supongo que el Circunvalación N° 13 debe dar muchas vueltas por muchos lugares y regresará de nuevo a esta parada cercana a mi casa, espero que no haya mucho tráfico durante el recorrido para estar a tiempo en la hora de cenar. Si tardo un poquito inventaré alguna disculpa por la demora. Ahora, cuando el autobús está a punto de arrancar entra un soplo de brisa fresca por la ventanilla. No he mirado con detalle a los otros pasajeros y todavía no se ha sentado nadie a mi lado. Siento una gran emoción. Como un famoso aventurero que viaja en un barco que se interna en el mar, aunque hasta ahora tampoco he viajado en barco.

En mi vida nunca había hecho nada tan atrevido. Ahora que caigo en cuenta la muchacha que está en ese asiento cercano de la otra fila me parece que es mi maestra, Omaira, la de primer grado cuando yo tenía solo cinco años, pero entonces siempre usaba falda o vestido y ahora lleva

puesto un pantalón yin, nada más que de verla me brinca como loco el corazón, debo tranquilizarme. El señor del gran bigote blanco que va un puesto detrás de ella lo he visto en el libro de historia patria, es igualito al general Juan Vicente Gómez, pero es difícil que sea él, porque mi papá dijo que gracias a Dios Gómez murió en el año 36, porque si no medio país hubiera comido mazamorra con vidrio molido en las prisiones. Él sabrá por qué lo dijo. Más atrás, en el puesto de la ventanilla, hay un señor negro que parece boxeador, he visto su foto en el periódico, lleva puesta una corbata verde y amarilla que se agita en su cuello como un papagayo.

Ya no me duelen tanto los pies, aunque tengo una ampolla en el dedo chiquito de la pata derecha. Es porque anteayer fue el desfile escolar de la fulana Semana de la Patria, ya llevábamos meses practicando en el estadio los ejercicios rítmicos, así los llama Agapito, el maestro de gimnasia. Nos tocaba ir una vez a la semana junto con otros colegios. Algunos entrenaban los movimientos de la batuta, eso nos gustaba, pero era solamente para algunos grandulones del sexto grado; otros aprendieron a tocar el redoblante en la misma escuela, durante horas estaban en el patio con su pan-pararán-pan pan-pararán-pan pan-pararán-pararán dándole y dándole. Algunas niñas de quinto y sexto también tocaban redoblante. Otros hacían juegos con cintas de colores y los más pequeños como yo, de tercer grado para abajo, puras palmadas, sonar pitos, y salticos de rana, puras pendejadas. Claro, que como lo hacemos todos al mismo tiempo se ve muy bien. El maestro Agapito nos insistía todo el tiempo en que había que hacerlo sin fallas, porque el espectáculo en el estadio lo iba a presenciar nada menos que el propio General Presidente, un gordo al que he visto echando pinta con medallas en el pecho por la tele, y que si todo salía bien seguramente le haría un buen regalo al colegio. Pero lo más cargante para mí fue el desfile de anteayer antes de entrar al estadio, no tanto por lo largo sino por los desgraciados zapatos de go-

ma, porque resulta que papá pensaba comprarme unos deportivos justo para el desfile, pero mamá le dijo que la tía Maruja le había dicho que tenía unos casi nuevos de mi primo Ramón que seguramente me quedaban muy bien, porque cuando él tenía mi edad su pie era seguramente del tamaño del mío, y de ahí vino toda mi desgracia, porque me apretaban que jode y mientras más duraba el desfile me apretaban más. Para mí que aquello no acababa nunca y todavía faltaba el fulano Festival de Gimnasia Rítmica. Por eso, apenas terminó el espectáculo me los quité y los tiré al suelo y sentí un alivio increíble en mis patas. Por cierto que el gordinflón General Presidente nos dejó esperándolo y mandó a otro soldado sin tantas medallas. Papá dijo después que a esa gente lo mejor es ni nombrarla, pero no me dio explicación. En fin, me parece que ahora sí el Circunvalación N° 13 va a arrancar, aumenta mi emoción. Tengo que empinarme un poco para poder mirar por la ventanilla, todavía no sé quién se sentará a mi lado. Estas primeras calles que recorre el autobús las conozco muy bien, las he caminado muchas veces, pero no es lo mismo verlas ahora por la ventanilla del Circunvalación N° 13. En esa casa amarilla que acabamos de pasar vive Carlucho, que estudia en mi salón. Mi casa es parecida pero azul, y tiene afuera en el jardín una mata de mango. En la calle no hay tráfico, allá adelante hacia un lado casi pegado de la acera puedo ver un carretón que hace mucho ruido, arrastrado por un negro sin camisa al que le brilla la espalda. El carretón, el negro y el ruido parecen una misma cosa inseparable. En la cuadra donde yo vivo hay un caserón donde guarda el coche Isidoro, que es muy popular, el coche tiene dos caballos, uno negro y otro marrón. Una vez vi cuando el señor Isidoro llevaba en su coche a una novia con su traje blanco rumbo a la iglesia y los vecinos de la cuadra se asomaban para saludarla agitando las manos, mamá también.

Este viaje me gusta muchísimo porque voy por mi cuenta y sin ningún permiso. Hasta hoy el viaje más interesante que había hecho fue cuando fuimos a Catia La Mar con ma-

má, donde tía Maruja. Muy chévere, pero no andaba libre como ahora. Fue en las vacaciones, después de terminar el primer grado en la escuela. Me impresionó mucho el mar, un gigante azul con crespos blancos. La casita de la tía Maruja es muy pobre y está muy cerca de la playa. No hay agua de chorro, sino dos grandes pipotes en el patio. Para sacarme la sal del agua de mar la tía Maruja me echa agua del pipote con una totuma. Hay un solo cuarto donde se ponen las colchonetas para dormir, y otro cuartico donde está la cocina, una mesa coja y los taburetes, pero también se puede dormir afuera en los chinchorros. La tía Maruja era muy bondadosa conmigo y mis dos primas, Amanda y Angélica, muy juguetonas y cariñosas y también su amiguita Lulú, una vecinita que se queda en casa de la tía Maruja porque sus padres estaban de viaje.

Una noche me ocurrió algo raro y misterioso con Lulú que tenía como diez años o un poquito más, resulta que nos acostamos los cuatro en dos colchonetas, a mí me tocó el lado que daba contra la pared de maderas y después que apagaron la luz y nos despedimos todos hasta mañana y yo pedí la bendición y me dijeron que Dios lo bendiga, cuando ya casi me dormía sentí que el cuerpo de Lulú se apretaba contra el mío y yo no podía recular por la pared, pero como ella tenía puesto un vestidito de dormir cortico y yo solamente un interior por el calor, podía sentir su piel muy suave y caliente como de fiebre. Yo sentía gusto por estar así y creo que también algo de susto. Pero la verdad es que yo creía que Lulú estaba dormida cuando pasó su pierna por encima de la mía, así estuvo un buen rato y ya yo no podía dedicarme a dormir cuando sentí que ella agarraba mi mano y la ponía entre sus piernas y después la puso en su cuquita que era como una esponjita y por eso digo que todo era un misterio. Porque yo no sabía qué era, pero en la oscuridad sentía que había algo secreto en lo que sucedía y mi mano se puso mojada y ella la apretó duro entre sus piernas y después de otro rato sentí que respiraba fuerte hasta que se durmió, hasta que nos dormimos.

Creo que ni Amanda ni Angélica se dieron cuenta de nada. Fue la única vez que sucedió.

En el desayuno Lulú ni me miraba, casi como que ni me conocía, solo cuando fuimos por la tarde a la playa por un momento me miró de lado, puso una sonrisa pícara y me preguntó muy bajito: ¿Te gustó? Pero no sé por qué esa noche la tía Maruja me hizo un sitio del otro lado del cuarto, cerca de mamá. Dijo: Vente aquí, Elmer, que estarás más cómodo. Desde ese tiempo imagino la esponjita mojada de Lulú que estuvo en mi mano como una pequeña nube rosada, aunque estaba oscuro, y creo que a veces la cargo dentro del bolsillo del pantalón, la cargo y la estrujo, espero encontrarla otro día cuando yo sea grande.

El que no estaba en la casita de Catia La Mar era el tío Nicanor, mi padrino. Yo había escuchado una conversación una noche después que se apagó la luz, y en la oscuridad la voz de mi tía Maruja se sentía muy triste, y decía que Nicanor casi ni vivía con ellos, que se lo había tragado la bebida, así dijo, por culpa del maldito aguardiente, que por eso lo botaban de todos los trabajos que difícilmente conseguía, porque aunque era un buen electricista las borracheras siempre lo hacían quedar mal. Pero después aseguró que mi padrino quería mucho a las niñas y también visitaba a Ramoncito, mi primo más grande, el que me dejó los malditos zapatos de goma, que estaba interno en una escuela de curas. O sea, que de vez en cuando Nicanor se presentaba con una bolsa de mercado llena de comida, algún dinerito y después se volvía a ir, y que ya ella no tenía esperanza.

La siento llorar en la oscuridad y su llanto se mezcla con el resoplido de las olas del mar que llega desde la playa. Esa noche mamá trata de consolarla. Es el mismo ruido de las olas que ahora siento resonar en el Circunvalación N° 13 cuando un pequeño colibrí picaflor verde y de cuello rojo muy lindo me saluda por la ventanilla moviendo alegremente sus alas, siento también el olor de los almendrones y las uvas de playa y el sabor del agua de coco que tomamos

por la tarde para suavizar el calor. No hay muchas casas alrededor y todas son humildes como la de la tía Maruja, aunque algunas resaltan porque las pintan de colores: verdes, naranjas y amarillas, no tan lejos se halla la bodega donde venden los refrescos de colita y los heladitos de gavera, de coco o de leche, y también venden golfeados, catalinas, gofios y conservas, todo muy rico. Fue aquel domingo, poco antes de terminarse las vacaciones y que yo debía volver a la escuela, cuando se presentó el tío Nicanor con una mochila llena de mangos y otra con nísperos y duraznos, y eso no era todo, todavía sacó como un mago de sus bolsillos chupetas, chicles y caramelos para repartirnos.

Mi tía Maruja al verlo puso una cara muy seria y le apartó el cachete cuando él quiso darle un beso; mamá sí permitió que la abrazara y le dijo: ¿Nicanor, cuándo por fin te vas a terminar de componer? ¿Cuándo vas a dejar para siempre la botella? El tío sonrió mostrando un colmillo con un agujerito negro y le contestó: ¡Pero no me estás viendo, comadre, que ando muy derecho! Esa ya es historia vieja. Pero en ese momento la tía Maruja que no había hablado le replicó: Historias viejas son tus mentiras, sinvergüenza. Entonces, el tío Nicanor sin molestarse le dijo: Maruja, yo no vine a pelear contigo otra vez sino a traerles estas frutas y dulces a las niñas y a ti.

Por mi parte, respondió ella, las que dices que son para mí te las puedes llevar otra vez. Pero en ese momento él se dio cuenta de que yo estaba ahí escuchando y se agachó para abrazarme y se le puso la cara alegre y me cargó, como si no hubiera habido ninguna discusión. ¿Cómo se porta mi ahijado? ¿Cómo se porta este palo de hombre? ¿Ya está en la escuela? Mamá respondió por mí: Pasó para segundo grado y ya sabe leer. Entonces mi padrino me felicitó y prometió que me daría un premio. Después nos hartamos de comer mangos y nos tomamos una olla de limonada para aplacar el mucho calor. Al rato el tío Nicanor dijo: Voy a dar una vuelta por ahí con Elmer para enseñarle el pueblo. Por eso casi se prende otra bronca, porque la tía

Maruja no quería aceptar que me llevara con él a ninguna parte, porque tú eres un irresponsable Nicanor y que si patatín y que si patatán. Pero mamá sirvió de arregladora del pleito y permitió que mi padrino me llevara a pasear, aunque tía Maruja aseguraba que en ese lugar no había nada que contemplar fuera del mar.

Veo por la ventanilla cómo la última advertencia que ella le hizo fue: Y mucho cuidado como se te ocurre entrar con Elmer en algún botiquín. Mi padrino me tomó de la mano, les dijo a mis primas que pronto volveríamos y los dos nos alejamos caminando hacia la vía principal por donde pasan los carros y autobuses. Entonces, en vez de seguir para el centro del pueblo donde está la bodega más grande, no la pulpería, me dijo: Te voy a llevar a un lugar donde te vas a divertir, y cuando yo le pregunté cuál, él respondió: Ya lo verás, ya lo verás, es una sorpresa. Dijo eso y no adelantó más nada, por lo que desde ese momento quedé muy intrigado. Más adelante le hizo una seña a una camioneta de pasajeros que pasaba y nos montamos, solamente me comentó: Vamos para Maiquetía, pero no te preocupes por lo que dijo esa tarada de Maruja, con nadie estás más seguro que conmigo, por algo soy tu padrino.

Veo por la ventanilla que ahora recorremos esa misma carretera en el Circunvalación N° 13 pero eso fue hace tiempo y yo ando solo. Maiquetía era un pueblo más grande y movido que Catia La Mar. El chofer nos dejó en un lugar donde él se lo pidió, y me impresionó mucho que muy cerca podían verse los barcos descansando en el mar. Un día viajaremos juntos en un barco grande, me dijo, esos que ves ahí vienen desde muy lejos a traer mercancías. El mar seguía deslumbrándome, yo me imaginaba que lo había cargado así el agua de lluvias y lluvias y más lluvias, sin parar durante mucho tiempo. Aunque ya lo conocía y me había bañado con mis primas en la playa, la promesa de viajar en barco del tío Nicanor nunca la olvido y menos ahora que por primera vez ando por mi cuenta en el Circunvalación N° 13.

Veo por la ventanilla cuando me lleva a un mercado donde me compra una bolsa de dulces que hasta el día de hoy me aguan la boca: coquitos, aliados, conserva de batata, conserva de coco y, como salado, tostones. O sea, que cuando mi padrino no estaba borracho, como decía mi tía Maruja, era una maravilla. Dimos unas vueltas más mirando los puestos de mercancías, los vendedores y la gente comprando, hasta que él mirando su reloj dijo, ya vámonos, pero tampoco aclaró a dónde y yo seguí con la intriga que tenía desde que me prometió una sorpresa. Caminamos varias cuadras y hacía calor, nos detuvimos para comprar un raspado en un puesto, era hielo con melado rojo muy rico y me aplacó la sed, continuamos caminando hasta que paramos frente a una casa grande que tenía varios carteles de colores en el frente. Es la misma que estoy mirando ahora por la ventanilla.

Mi padrino me tomó otra vez de la mano y nos paramos también en una fila de gente que me pareció debían comprar algo, pero no sabía qué. En la fila había mayores pero también niños y niñas, algunos como de mi edad y otros más grandes. Cuando llegó nuestro turno, el tío Nicanor sacó unas monedas del bolsillo y se las entregó a una mujer negra que yo no podía mirar muy bien, solo sus brazos y unas manos con dedos de uñas muy rojas. Ella le entregó algo que yo no pude ver. Yo seguía muy pendiente de todo y todavía más curioso por saber de qué se trataba la sorpresa prometida. De allí seguimos tras una señora que llevaba de la mano a una niña vestida de blanco con una cinta azul en la cabeza.

Veo por la ventanilla que por donde pasamos hay dos grandes dibujos en las paredes, uno que me impresiona mucho, es un gorila enorme golpeándose el pecho, el otro es un hombre con sombrero y una máscara negra montado en un caballo blanco alzado en dos patas. Volvemos a detenernos al llegar frente a un muchacho flaco de camisa verde parado antes de una cortina roja, el muchacho toma con una mano los cartoncitos que mi padrino le da y ahí